El Noticiero Universal — Sábado 2 marzo 1974

TRAS LA CONFERENCIA PANAMERICANA DE TLAT ELOLCO 3.11

VIEJAS Y NUEVAS FORMAS DE INTERVENCION NORTEAMERICANA

Por J. SOLE-TURA

Al parecer, en la reciente Conferencia Panamericana de Tlatelolco (Méjico), el secretario de Estado norteamericano, señor Henry Kissinger, habló de la «comunidad de destino» que, según él, unía a los diversos países del contienente americano.

La expresión, no fue del agrado de los demás ministros de Asuntos Exteriores. El doctor Kissinger habló, entonces, de «comunidad de intereses». Pero tampoco prosperó la fórmula, y muchos de los asistentes aprovecharon la ocasión para marcar ciertas distancias.

Parece también que el doctor Kissinger anunció el fin de la política de intervención norteamericana en los demás países del continente. Pero acto seguido distinguió entre la «intervención intencionada» y la motivada por el «peso específico de los Estados Unidos dentro del hemisferio».

Ante esa distinción, se comprende la reticencia de la mayoría de sus interlocutores cuando habló de «comunidad de destino». Porque está claro que el «peso específico» de los Estados Unidos es el de su capital, el de sus grandes compañías monopolistas. Y el «destino» que se quiere que sea común es, sin lugar a dudas, el de estas mismas compañías, el de este mismo capital.

CAMBIO DE ESTRATEGIA

La Conferencia Panamericana de Tlatelolco ha demostrado, en todo caso, que ha habido ciertos cambios en el continente americano y que la intervención norteamericana no puede hacerse ya como se hacía en el pasado.

Cuando el doctor Kissinger anunció el fin de la intervención dijo, pues, algo muy cierto. A condición de precisar: lo que ha terminado es la anterior forma de intervenir.

La estrategia del capital norteamericano en el continente ha experimentado cambios importantes. Y lo que el doctor Kissinger propone es adecuar la intervención política a esta nueva estrategia del capital. Esto es lo que ya ha hecho el gobierno norteamericano en Chile, para poner el ejemplo más reciente.

Desde que el presidente Monroe lanzó su célebre fórmula de «América para los americanos» a principios del siglo XIX, los Estados Unidos no han cesado de intervenir política, económica y militarmente en el resto del continente para dar a la doctrina de Monroe su verdadera significación: «América para los norteamericanos».

Las formas de intervención han sido, a lo largo de este siglo y medio, bastante variadas, pero, eso sí, siempre muy directas e inequívocas.

Fue el primer presidente Roosevelt el que dio la definición exacta de la política norteamericana en el continente: el «big stick», el gran bastón.

Desde la expoliación de territorio colombiano y luego panameño para construir el canal de Panamá, hasta la liquidación del régimen liberal de Arbenz y Arévalo en Guatemala y la intervención de los «marines» en la República Dominicana, la política norteamericana en el continente fue una política de grandes bastonazos para mantener y consolidar una explotación sistemática de las riquezas de los llamados «vecinos del sur».

La estrategia era simple. La intervención militar imponía o consolidaba gobiernos dóciles. Al amparo de éstos, el capital norteamericano se apoderaba de las grandes fuentes de materias primas, procurando especializar a cada país en la producción de una sola de ellas para asegurarse mejor la explotación y dificultar la posible emancipación económica del país en cuestión.

Así surgieron los países de monocultivo o de monoproducción: azúcar en Cuba, café en el Brasil, petróleo en Venezuela, cobre en Chile, estaño en Bolivia, frutas tropicales en las «repúblicas bananeras» de Centroamérica, etc.

Para mantener esa explotación, el capital norteamericano mantenía y protegía las estructuras más arcaicas, consolidaba las formas de producción semifeudales y se apoyaba en la dominación de verdaderas oligarquías terratenientes. Y cuando las burguesías liberales o las masas populares intentaban poner en duda este sistema y organizaban la lucha contra las oligarquías locales y sus protectores norteamericanos, el gobierno de Estados Unidos usaba su gran bastón, mandaba a sus «marines», imponía un implacable cerco económico y hundía a los rebeldes. Así se mantenía la «pax americana», para mayor gloria de los grandes monopolios del Norte.

LAS COSAS HAN CAMBIADO

Hoy las cosas han cambiado. Y los factores de ese cambio han sido esencialmente dos.

El primero fue, sin duda, la victoria de la revolución cubana. Aparte de su contenido intrínseco, el valor histórico de la revolución cubana consiste en haber sido la primera que efectivamente rompió con la dominación norteamericana. Hasta entonces, los diversos intentos revolucionarios habían sido destrozados o, en caso de victoria, domesticados e integrados. Baste recordar el triste destino de los movimientos reformistas de los años veinte y treinta en varios países de América Latina. Todavía me parece oír el trágico lamento del ex presidente [illegible] Dominicar-Juan Bosch, en la Facultad de Derecho de Barcelona, cuando denunciaba el fracaso de ese reformismo, que había tenido en él a uno de sus principales portavoces.

La revolución cubana terminó con todo ello. Y la política del gran bastón fue históricamente derrotada en la Bahía Cochinos, cuando el pueblo cubano, bajo la dirección de Fidel Castro, barrió literalmente a los invasores enviados por Estados Unidos.

Fue el presidente Kennedy el que comprendió la necesidad de cambiar de política. Bajo su inspiración, la política del gran bastón se convirtió en la «Alinaza para el progreso».

Se trataba, en definitiva, de variar la base de apoyo, de propiciar unas ciertas reformas en América Latina, de romper con el monopolio político de las viejas oligarquías terratenientes y de propiciar un cierto acuerdo entre éstas y la burguesía urbana. El instrumento político de esta nueva política tenía que ser la Democracia Cristiana. Y la Democracia Cristiana, en efecto, tomó el poder e inició la nueva senda en algunos países, como Chile y Venezuela.

FRACASA UN EXPERIMENTO

Pero el experimento acabó por fracasar. Y es que el reformismo de la Democracia Cristiana no pretendía otra cosa que consolidar sobre nuevas bases la dominación norteamericana, cuando las masas habían percibido ya, a través de la revolución cubana, la posibilidad concreta de liberarse de esa dominación.

Por otro lado, el reformismo kennedyano suponía un cambio importante en los mecanismos de la propia dominación económica. Y éste es el segundo de los grandes factores de cambio.

En efecto, si la forma tradicional de dominación del capital norteamericano había sido el control de las grandes fuentes de materias primas, con el consiguiente estancamiento de la inversión industrial y la dependencia pura y simple de las importaciones provenientes de Estados Unidos, a partir de la II Guerra Mundial y, sobre todo, a partir de la década de los sesenta, el capital norteamericano adoptó una estrategia diferente.

Esta se basa en fomentar las inversiones directas, para instalar en los propios países de América Latina las plantas de producción que antes estaban exclusivamente en Estados Unidos. En vez de limitarse a sacar materias primas y vender productos fabricados en EE. UU., los norteamericanos siguen sacando materias primas, pero instalan sus fábricas en territorio latinoamericano y controlan los grandes mecanismos de producción y de financiación, al tiempo que desarrollan de manera directa sus propios mercados.

La Democracia Cristiana ha resultado incapaz de asegurar las bases de esta nueva estrategia desarrollista. Y los norteamericanos han tenido que recurrir a las dictaduras militares de nuevo tipo.

Los actuales gobiernos militares —como el del Brasil, por ejemplo— no son ya los antiguos caudillos de fortuna que aseguraban, por la vía dura, la inmovilidad de sus respectivos países. Son dictaduras desarrollistas, instrumentos de una acumulación rápida del capital monopolista.

Por esto los Estados Unidos no tienen ya tanta necesidad de proceder a intervenciones militares directas. Aunque algunos sectores del capital monopolista siguen empecinados en las viejas formas de intervención directa —baste recordar la conspiración de la I. T. T. en Chile—, la política actualmente dominante es otra.

MANEJAR LOS RESORTES

A los Estados Unidos les basta con manejar los resortes fundamentales de presión económica (deuda exterior, préstamos, inversiones, ayudas, etc.), modificar las condiciones de ciertos mercados internacionales de materias primas (cobre, estaño, etc.), financiar a cierto militares y mantener a ciertos grupos políticos dentro de cada país, para proceder a los cambios que les interesan. En este sentido, lo ocurrido en Chile ha sido un ejemplo perfecto de las nuevas formas de intervención norteamericana.

Cuando el Dr. Kissinger habla del fin de la intervención se refiere, pues, al fin de las viejas formas de intervención. Y ciertos gobiernos de América Latina, que saben muy bien en qué consisten las nuevas, no pueden por menos de alarmarse cuando oyen al principal teórico de esa nueva intervención hablando de la "comunidad de destino".

La batalla librada en torno a esta cuestión y la librada igualmente en torno a la cuestión de Cuba, para terminar con el bloqueo impuesto a este país por el gobierno norteamericano son, en todo caso, dos claros síntomas de que al sur del Río Grande —como dicen los castizos— las cosas están cambiando. Los caminos de la emancipación real en el continente americano serán, sin duda, muy diversos y la llamada vía cubana seguramente no se seguirá en ningún otro lugar. Pero la resistencia diplomática de tantos ministros en la Conferencia de Tlatelolco es un indicio claro de otra resistencia, mucho más profunda, de sus respectivos pueblos a la dominación del poderoso capital del norte.

EXCLUSIVA

AL BORDE DE LA EXTINCION

La crisis que ahora se iniciaba fue un drama en el curso del cual la población del hemisferio norte estuvo más próxima a la extinción que en ningún otro momento anterior. Cuba, el agente de la crisis, por fin consiguió inspirar, por primera vez en 200 años, un conflicto mundial importante y provocar el riesgo de una guerra que habría sido un cataclismo. Sin embargo, en el curso de la crisis, la isla de Cuba propiamente dicha desapareció de la vista: quienes se convirtieron en protagonistas fueron los Estados Unidos y la URSS. Cuba observó los acontecimientos, con impaciencia, desde bastidores.

El 26 de julio de 1962, en la celebración anual de la fundación de su movimiento, Castro explicó a los millares de personas que le escuchaban en Santiago que, en aquellos momentos, todo lo que Cuba había de temer era una invasión directa de los Estados Unidos. Mientras hablaba, empezaron a llegar grandes cantidades de armas y hombres soviéticos al pequeño puerto de Mariel y a otros puertos. Por entonces ya se estaban llevando a cabo trabajos de inspección para determinar el emplazamiento de los futuros cohetes.

LOS INFORMES DE LA CIA

El 23 de agosto, en los Estados Unidos, el director de la CIA, McCone, decía al presidente Kennedy que, basándose en informes de exiliados y en fotografías aéreas, creía que la URSS se disponía a instalar "cohetes ofensivos" en Cuba. Quizás el espía francés Thiraud de Vosjoly, el famoso héroe de León Uris, **Topaz**, le proporcionó información ocular. Nadie creyó a McCone, aunque parece que ya había expuesto la idea el 10 de agosto. En todo caso, era un presentimiento suyo, no un dictamen.

El 24 de agosto, en su conferencia de prensa, Kennedy afirmó taxativamente: "En estos momentos no soy partidario de invadir Cuba". La frase, aunque no satisfacía a los que, en los Estados Unidos, insistían en la "acción", tampoco era muy tranquilizadora para Cuba. El mismo día, Roger Hillsman, director de espionaje en el Departamento de Estado, comunicó "de modo no oficial" al cuerpo de prensa de Washington la noticia de que entre los armamentos que habían llegado recientemente a Cuba, según se había observado, po



día haber cohetes tierra-aire (SAM). El 29 de agosto, un U-2 que volaba sobre Pinar del Río descubrió pruebas de la existencia de cohetes SAM. McCone calculó, con razón, que esto significaba que se instalarían cohetes ofensivos, basándose en que para lo único que podían servir los SAM era para proteger a los cohetes ofensivos; pero estaba de viaje de novios en Francia. Dos días después, posiblemente a consecuencia de una filtración de información de la CIA el senador Keating declaró que la propaganda soviética estaba "deliberadamente encaminada" a permitir que la URSS hiciera instalaciones de cohetes.

CUBA PIDE MAS AYUDA

Mientras tanto, el 2 de septiembre, al terminar las conversaciones de Guevara en Moscú, un comunicado soviético anunció que Cuba había pedido más ayuda militar y que la URSS iba a proporcionársela, teniendo en cuenta las amenazas de los Estados Unidos. Además, la URSS construiría en Cuba una nueva fábrica de acero y un puerto pesquero que costaría 13 millones de dólares. Dos días más tarde, Kennedy declaraba públicamente que los Estados Unidos habían visto los SAM cubanos. Añadió que, si se introducían en Cuba "cohetes ofensivos tierra-tierra", los Estados Unidos se verían obligados a actuar. Con esto establecía una clara distinción entre los SAM y los MRBM, cuando en realidad Cuba ya se estaba abasteciendo de los dos; ambos tipos, o ya habían llegado, o estaban en camino. Así, pues, mientras Kennedy comprometía su prestigio en la defensa de una postura, la Unión Soviética y Cuba ya estaban comprometidas con otra.

KENNEDY MOVILIZA 150.000 RESERVISTAS

El 7 de septiembre, Kennedy pidió permiso oficial al Congreso para movilizar 150.000 hombres de la reserva, y el Congreso se lo concedió. Esta petición, evidentemente, era una respuesta a la situación cubana. La reacción de Castro fue típica: Cuba no necesitaba instrucciones de Washington sobre las medidas que había de tomar para defender su soberanía. Raúl Castro dijo que un ataque contra Cuba señalaría el fin del imperialismo. Para entonces, indudablemente, habían empezado los trabajos de construcción de la base de IRBM en Guanajay. Además, casualmente, el mismo día 7 de septiembre fue cuando Kruschev sostuvo su famosa conversación con Robert Frost, en la que sugirió que las democracias occidentales eran demasiado viejas para luchar: un claro índice de la nueva línea dura soviética. El 11 de septiembre, la Tass atacó a los Estados Unidos de un modo casi histérico, diciendo: "Ahora no se puede atacar a Cuba y esperar que el agresor quede sin castigo", aunque despistaba añadiendo que no había ninguna necesidad de trasladar armas nucleares "para repeler una agresión... contra cualquier otro país: como Cuba, por ejemplo". Sin embargo, a los pocos días, Kruschev envió a Kennedy un mensaje personal en el que le aseguraba que no se enviarían a Cuba cohetes tierra-tierra bajo ninguna circunstancia, lo cual era totalmente falso. Lo que Castro había llamado dos años antes la "partida internacional de ajedrez" ya estaba, por lo tanto, muy adelantada a principios de septiembre. Es de justicia añadir que este verano y otoño de 1962 se caracterizaron, en la URSS, por la adopción de medidas liberalizadoras y desestalinizadoras cada vez más radicales; fue entonces cuando Kruschev aseguró a la viuda de Bujarin que su marido había sido inocente y cuando se publicaron **Los herederos de Stalin**, de Yevtushenko, y **Un día en la vida de Ivan Denisovich**, de Solzhenytsin: de hecho Kruschev estaba avanzando en todos los frentes de un modo muy ambicioso.

LLEGAN LOS PRIMEROS COHETES

El 8 y el 1[illegible] septiembre, respec-



Nikita Kruschev, el hombre que o que a consecuencia de ella sería

tivamente, dos grandes buques d carga soviéticos, el **Omsk** y el **Por tava**, construidos para transporta madera, dotados de grandes escot llas y con una línea de flotació muy alta, llegaron a La Habana, cé camiones en la cubierta y una seri de cohetes balísticos de medio a cance debajo. Fueron descargados d noche, y eran soviéticos los que l hicieron. Los trasladaron en conv yes entre el 9 y el 14 de septiembr y entre el 15 y el 20 de septiembr respectivamente. Ahora, la suert estaba echada.

Sin embargo, el 13 de septiembr Kennedy volvió a declarar que si "l Unión Soviética proporcionaba un capacidad militar ofensiva" a Cuba los Estados Unidos harían "lo qu hubiera que hacer" Esta declaració tan poco explícita iba destinada la opinión norteamericana tanto c mo a Castro y Kruschev, quizá so bre todo al senador Kenting que es taba pronunciando discursos mu fuertes por todos los Estados Un dos, en interés del partido republ cano, alegando que en Cuba ya habían instalado cohetes ofensiv y condenando todo intercambio "Berlín por Cuba". Pero, ¡había corrido tantos rumores sobre los c hetes de Cuba!: incluso en 19[illegible]9, cua do los soviéticos todavía no habí enviado a Cuba una sola arma, archivo que el Gobierno norteame cano destinaba a los cohetes cub nos tenía trece centímetros de e pesor. El Gobierno de los Estad Unidos había decidido tan firmeme te que la idea de que la URSS e viara este material de guerra a C ba era una fontería sin precede tes que no hizo caso de las indic ciones de los exiliados ni de los age tes que tenía en Cuba.

EL U-2 NO VIO LAS RAMPAS

Del 18 al 21 de septiembre emp zaron a llegar informes secretos actividades misteriosas que se d sarrollaban en el área de San Cr tóbal, una hermosa región, llena bosques y montañas, situada a m tad de camino entre Pinar del Río La Habana. Pero no eran inform dignos de confianza y, a pesar de q es casi totalmente seguro que las b ses de cohetes de San Cristóbal Remedios empezaron a construir el 15 y el 20 de septiembre, el U que las sobrevoló el 17 de septie bre no se dio cuenta. El 19 de se tiembre, los directores del servicio [illegible] de los Estados Unidos [illegible] de Board) concluye: